

fascismo. Dice: En efecto, la servidumbre que nos amenaza no será solamente económica. Se nos quiere encuadrar y subordinar: encuadrar en instituciones condenadas por el espíritu, subordinarnos a algún principio trascendente, Dios o nación, que regulará hasta el pensamiento e impondrá consignas a la inspiración. De ello resulta hoy el acercamiento necesario de los intereses del proletariado y los intelectuales. Antes estos últimos se hallaban relativamente protegidos contra la presión social, por el liberalismo, que era una especie de elasticidad política. Pero ahora el liberalismo está en crisis. Por eso el terrible error de los intelectuales italianos y alemanes fué apostar sobre el liberalismo».

Este problema que se han planteado en Francia los escritores que forman en el grupo de la Nouvelle Revue, ¿no es el problema que con variantes ligeras, gravita sobre las sociedades de Hispanoamérica? En América también las crisis políticas han llevado al liberalismo a la crisis y se perfilan ya en el horizonte, nuevas y peligrosas formas de gobierno, generadas por la lucha entre un poder centralizador que aspira a dominar no sólo la economía sino el espíritu y un poder que defiende los últimos reductos de la libertad. Se comprende en Francia esta inquietud puesto que allí la libertad de expresión nunca ha encontrado obstáculos. En América las tiranías han brotado como fermentos de la propia exuberancia de la tierra. Aunque educados estos países en la tradición política francesa, no han sabido mantener el don de la libertad y en muchos de ellos, se ha perdido. Triste trayectoria.

La saturación

Libros tras libros. La densidad lleva aparejado el descontento, la hartura. Cada semana aparecen tres, cuatro volúmenes. No hay paciencia ni tiempo para leer todo lo que las prensas arrojan, incansables y tenaces. Nunca Chile había pasado un período de mayor abundancia libresca. Nunca como ahora también el ambiente se encuentra en un estado de mayor inercia. Parece una paradoja.

Y es que el libro sale a la calle en busca de lectores y encuentra sólo unos curiosos displicentes que están enfermos de dispepsia cerebral. Unos seres agotados que no saben como entendérselas para devorar tanto libro. El tiempo corre y el tiempo sorprende los volúmenes semiabiertos, las hojas vírgenes, algunas puntas dobladas sobre la última página leída. La desesperación de publicidad ha hecho que se publiquen libros que nunca debieron salir del dominio inviolable del anónimo. Mejor hubieran quedado en los cajones reservados que cada aspirante a escritor, tiene en su mesa de trabajo. La revisión lenta que aconsejaba el autor latino, meses o años después de producido el gran fenómeno de la creación, habría servido para liquidar engendros anodinos, como se hace con los papeles inútiles. Acaso algunos hubieran salvado con éxito la prueba. Esto es indiscutible.

Pero lo cierto es que la indigestión comienza a hacer su efecto. En una población de escasos recursos intelectuales, de escasa solidez espiritual, esta aparición continua de libros se transforma en un mal, en una enfermedad. Muchos leen sin saber qué leen. Muchos ni recuerdan el título del libro que leyeron. Otros ni siquiera el autor. Es una especie de hartazgo, de voracidad impremeditada, hecha al azar, sin sujeción a norma alguna, sin método, como si dijéramos a la desesperada. Los males orgánicos, las dolencias intestinales dejan en los ojos una especie de estupor. Una piel seca, un aire de dolor de estómago permanente. ¿Y los libros? ¿Y el estupor cerebral? En muchos cerebros hay la misma angustia que en el estómago de los enfermos. Dolor, repulsión, sensación de vacío, de inminencia de síncope.